

## LA ÚNICA QUE CORRIÓ

No siempre he odiado la música. O el olor a tierra. O los días con nubes.

Había un tiempo en el que no lo hacía. En el que, despacio, mis pies se encaminaban hacia la orilla. Siempre volvían a la orilla. Y, enredada en arena, y la arena soplada hacia mí, jugaba a que podía controlar el agua. Y las nubes me sonreían desde arriba, y yo les devolvía el gesto cortésmente.

No siempre he odiado ponerme calcetines. Aunque, ahora que lo pienso, sí. Quizás solo trato de crear excusas para convertirme en lo que era antes. En lo que todos creían que era antes. Algo sin odio, algo lleno, luz, algo vacío, algo normal.

Camino por la carretera. Mis pies están descalzos. Sin calcetines.

Hay pocas cosas amontonadas en mi mochila. Un cuaderno, colores, lápices. Doce euros con treinta y dos céntimos. Una carta, una flor mustia, un marcapáginas y un libro. Pero en realidad el cuaderno es una mariposa de papel, y los colores y lápices son un bosque perdido. Las monedas retintinean con ansia, tratando de escaparse de su jaula. La carta y la flor están bailando. Y el libro no es un libro.

Un coche se acerca. Lo oigo en mis venas. Los pies descalzos se me erizan. El pelo me tira de la coleta que lo somete. Seguramente sea un coche caro, o demasiado limpio. Lo sé por su velocidad. No va rápido, no quiere levantar polvo para ensuciarse el capó. Un coche demasiado presumido para una carretera en medio de la nada, rodeada tan solo de arena roja. Arena que ahora se aleja de mí, como si yo diese miedo. El motor ruge. Me aparto. La ventanilla se abre.

- ¿Necesitas que te lleve a algún sitio? – Voz ronca, caída. No recuerdo su cara. Su cara no es importante. Él no es importante.

-No.

- ¿Qué hace una niña sola en medio de la carretera?

-Caminar.

-El pueblo más cercano está a veinte kilómetros. ¿Te has perdido? – Parece uno de ellos. Seguramente sea uno de ellos.

- ¿Parezco perdida? – Mi voz va llena de odio, de asco. Temo que mi saliva salga de entre mis dientes y manche su coche; pero luego recuerdo que no ha de importarme. Nada ha de importarme.

Él arranca. Me llena de polvo. Por lo menos la arena no se aleja de mí esta vez. Me abraza como un único abrigo de piel. Y vuelvo a estar sola.

Nada ocurre cuando camino. Solo camino. De vez en cuando miro con desprecio al cielo, buscando las repugnantes nubes, inhalando el aire plumizo que han escupido otros. Temo ver un espejo en el cielo, que estúpidamente las nubes se abran; y verme a mí misma. Cómo soy, cómo siento. Como una flor que se abre al mundo y que todos pueden admirar y odiar. Casi no hay plantas alrededor de la carretera, quizás unas pocas hierbas secas esperando la piedad de alguien dispuesto a compartir agua. En cuanto a mí, no tengo sed. No suelo tener sed. Pasan un par de coches más, pero ninguno se para.

Los recuerdos se amontonan en mi cabeza. Como mosquitos indefensos y caníbales, que se muerden unos a otros para evitar hacer mucho daño.

Vivía en un pueblo. En aquel pueblo a veinte kilómetros del que huía. Y al que por ningún motivo querría volver. Un pueblo pequeño, lleno de lenguas vastas, de salivas, de dientes podridos. El Hogar de las Bocas Salvajes. El chisme convertido en leyenda y la leyenda bañada en la verdad. Y una niña en una bañera de su propia sangre. Ahogándose con el mar que sale de las cuencas vacías de sus ojos. Pálida, ciega. Con los ojos en el lavabo y los dedos cortados en el váter.

El miedo es poder.

Infligir miedo es poder.

El cuarto coche casi se detiene, para variar. Es una vieja furgoneta blanca. Y dentro hay una chica. De mi edad, quizás un poco más mayor. Con los años suficientes para conducir una furgoneta prestada de sus padres, probablemente con un límite de gasolina diaria.

Creo que es guapa. Creo que ella sí es importante. Lo siento. Como si fuese un sexto sentido para juzgar a las personas: la hipocresía y falsedad hecha superpoder. La camioneta desciende su velocidad. Ella no dice nada. Yo tampoco. La miro de vez en cuando durante unos cinco minutos, de reojo.

El miedo es poder. La vergüenza es inestabilidad. Un camino en una cuerda floja. No te caigas. No te caigas, no te caigas. Y los pies de la niña resbalan con el suelo de la bañera sangrenta. No es tan buena idea tratar de levantarse. Y duerme entre la sangre.

No sé lo que está haciendo. No sé lo que estamos haciendo. Pero se siente bien. Yo caminando. Con ella a mi lado. Sé que me está mirando. Pasa un rato más. Suspira. Mira al frente. La miro fijamente. Suspira. Me mira. Sonríe.

-Sube.

Subo. La puerta está fría. El asiento está caliente. Mi mochila reposa junto a mí, entre mis piernas. Mi vestido de flores destaca entre el blanco perdido del coche.

Sonríe. Y pone música.

Quizás sea lo peor que podría haber hecho. Las palabras martillean en mi cabeza, los mosquitos se alteran. Chocan unos contra otros, nerviosos. Recuerdan. Y deciden cometer una especie de suicidio colectivo. Negar el pasado, apuñalándose unos a otros por la espalda, como verdaderos amigos. Las notas, opacando los sentimientos y la memoria, me balancean. Hay canciones odiosas que debería tratar de amar. Para sentirme más humana.

- ¿A dónde vas?

- A donde quiera que me lleves. - Respondo. No necesito nombres, no necesito nada. Ni ciudades, ni calles, ni bares. Necesito un hogar, un hogar que no deseo. Pero del que igualmente no puedo prescindir. Encontrar cuatro paredes es demasiado difícil.

La miro. Sonríe. Lo sabe. Cuando aparto la mirada, ya he visto sus ojos azules. Su peca sobre el ojo. Las cejas mal peinadas. El cabello negro y corto despeinado.

-Es un destino muy poco rentable. – Susurra. – Las tarifas son altas.

Me aparto un cabello castaño de los ojos, y miro al horizonte.

-Lo suponía.

Aprieta los nudillos en el volante. Huele a polvo y metal.

- ¿Quién eres? – Pregunta.

Pero no estoy preparada para responder. No quiero responder.

-No te importa.

-Sí me importa.

Suspiro. Me mira. La miro.

- ¿Por qué? – Inquiero.

-Porque sí. - Miente.

- ¿Por qué no puede no importarte? – Susurro. Vuelvo a colocarme ese pelo detrás de la oreja.

- Sería más sencillo.

Mira hacia el frente. No hay nada interesante ahí. Salvo una carretera que casi no tiene que mirar para conducir y un montón de esas plantas secas. Pero se fija en todo. Y yo miro los detalles y huecos de su rostro. Tiene una nariz extraña, torcida, pequeña y eclipsada por unas pestañas largas como patas de araña.

-No sé cómo puedo hacer para que no me importe algo que me importa.

-Suele pasar.

Me mira. Trago saliva.

- ¿En serio?

-No lo sé.

-Ah.

Los mosquitos se revuelven inquietos. Demasiados recuerdos. Veo de nuevo a la niña en la bañera. Tratando de alargar sus amputadas manos para alcanzar sus ojos. Cuando se da cuenta de dónde está. Está en todas partes, todo el tiempo. Está dondequiera que el dolor esté. Encerrada en un túnel de cámaras de fotos, se retuerce. Una chica desnuda en busca de un poco de atención. Que finge que el miedo no da miedo. Y sonrío y trata de coger una botella con sus manos sin dedos. Cuando la alcanza, el alcohol alivia las cuencas de sus ojos. Sonrisa sin dientes. Nada parecida a la sonrisa de ella.

Chica de Ojos Azules se remueve inquieta. Llevamos aquí metidas menos de una hora. Y se siente bien. Se siente muy bien estar a su lado. Como si nada fuese real. Es una sensación francamente increíble, saborear la incertidumbre de lo que ya sabemos que ocurrirá. Cabalgar hacia el infinito. Dejar atrás el Hogar de las Bocas Salvajes. Probablemente no vuelva allí nunca. Ojalá hubiera podido decirles a todas las personas que fingía amar antes que las odio en realidad. Que nada es suficiente. Que el alcohol se acaba. Que los cigarros queman. Y que los cuchillos de mantequilla dulce sirven para sacar ojos.

- ¿Qué te ocurrió? – Chica de Ojos Azules se rasca la nariz. La miro. Me mira de reojo.

- ¿A qué te refieres?

- ¿Por qué estás en medio de la Nada?

Miro a la Nada.

-Porque soy nadie. Nací muerta. Maldita. Y a veces la Nada es preferible al ruido del cristal roto.

Nos quedamos un rato en silencio. Mucho rato. Que parecen segundos. En silencio. Sentadas en la misma posición, sin mover ni un músculo. Mirándonos de reojo de vez en cuando. Hasta que el atardecer lo mancha todo y ella me mira.

-Soy jodidamente invisible. -Susurra con su voz ronca, su voz perdida. Y nos besamos. Y hacemos el amor en una camioneta blanca sin nombre. En medio de la Nada, a mucho más que a veinte kilómetros del Hogar de las Bocas Salvajes.

Lejos de aquí, la niña tiembla. Desnuda, mutilada. Tiembla y las cámaras de fotos explotan. Las lenguas se caen de las Bocas Salvajes. Dedos y ojos pegados con pegamento. Una mochila con un cuaderno, colores, lápices. Doce euros con treinta y dos céntimos. Una carta, una flor mustia, un marcapáginas y un libro. Un libro que nunca fue un libro. Y es la única que corre.

¿A dónde va? Ojalá lo supiera. Viaja al infinito. Huyendo de lo que da miedo. Con Chica de Ojos Azules y todas esas cosas. Con cadáveres de mosquitos en la cabeza, que ya no hacen tanto ruido. Con doce euros y treinta y dos céntimos para una tarifa de una camioneta blanca en la que, una vez, dos desconocidas se amaron. La niña se ha ido. Y todo ha terminado.

El telón se baja, la música se acaba. El alcohol y el tabaco no son eternos. El dolor tampoco.

A veces, solo hay que correr.